

## María y el sacerdocio en la predicación de san Josemaría

GERMÁN ROVIRA

“El amor a la Virgen es una de las características constante de la vida de san Josemaría Escrivá, y es una parte eminente de la herencia que lega a sus hijos e hijas espirituales”<sup>1</sup>. Estas palabras de el Sumo Pontífice Juan Pablo II, nos sirven para iniciar un análisis de la devoción de san Josemaría a la Virgen Santísima y, al mismo tiempo, de su concepción del sacerdocio. El tener amor y devoción a la Beatísima Virgen María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo y nuestra, es para los fieles de la Prelatura una cosa obvia, como se comenta en la descripción del Opus Dei, que se hace en su código particular<sup>2</sup>.

El mismo Papa repetía en su homilia, con motivo de la canonización de san Josemaría, “que la Virgen haga de cada uno un auténtico testigo del Evangelio, dispuesto a dar en todo lugar una generosa contribución a la edificación del Reino de Cristo. Que sirva de estímulo el ejemplo y la enseñanza de san Josemaría”<sup>3</sup>.

Esta es la vocación de todo cristiano y del conjunto de todos en la Iglesia fundada por Jesucristo; este es en definitiva el fin de nuestra vida terrena, como seguidores de Cristo: “Este es, en el fondo, el secreto de la santidad y del auténtico éxito de los santos ... , al final de la peregrinación terrena. ¡Allí, junto a los ángeles y a todos los santos, contemplaremos el rostro de Dios, y cantaremos su gloria por toda la eternidad!”<sup>4</sup>.

1 Juan Pablo II, con motivo del rezo del Angelus el 6 de octubre 2002, el día de la canonización de san Josemaría, en: *Canonización de Josemaría Escrivá – Crónica y Homilias*, Madrid 2002, p. 21

2 Ver *Codex iuris particularis Operis Dei*, Tit. III, Cap. I, § 85

3 Juan Pablo II, a. c., p. 17

4 *Ibidem*, p. 16 s.

El sacerdote es un hombre, según la doctrina católica, que representa a Jesucristo y actúa en su nombre, sobre todo en las acciones litúrgicas y cuando enseña, de acuerdo con el magisterio eclesial, sobre la fe y la moral, así como en las cuestiones que atañen a la Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesús. Esta representación del Fundador y Cabeza de la Iglesia, Jesucristo exigen del sacerdote, que sea un ejemplo de virtudes humanas y sobrenaturales para los fieles, a quienes distribuyen los sacramentos de la Iglesia y les dirigen con su enseñanza, para insinuarles con su conducta como era Jesús, como vivió y lo que nos dijo.

Esta era la imagen del sacerdote, que tenía San Josemaría: “Algunos se afanan por buscar, como dicen, la identidad del sacerdote. ¡Qué claras resultan esas palabras de la Santa de Siena! ¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus* sino *ipse Christus*, otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental”<sup>5</sup>.

El comentario, que hacía Klaus Küng, actual obispo de Sankt Pölten y antiguo Vicario del Opus Dei en Austria, sobre san Josemaría subraya eso mismo: “San Josemaría nos puede servir como ejemplo de sacerdote en el Año Sacerdotal, que estamos viviendo. Para él era la santidad en la vida de los sacerdotes una cuestión fundamental. A la vez que aumentaba su trato con sacerdotes –y él tenía gran experiencia, por la multitud de ejercicios espirituales para sacerdotes y para miembros de órdenes religiosas, que dirigió–, se hacía cada vez más fuerte esa urgencia de santidad, de modo especial para los sacerdotes diocesanos, que él trataba”<sup>6</sup>.

Enrique de la Lama, un sacerdote diocesano del Opus Dei, dice, hablando de los sacerdotes seculares, algo semejante: “Recuerdo que, cuando en el seminario de mi diócesis, se nos preguntaba en pláticas o meditaciones: ¿qué quieres tú? ¿a qué has venido al Seminario? ¿a ser sacerdote? Pues ¡no! Sino a ser sacerdote santo. Has venido a ser sacerdote santo”; y añadía, a modo de conclusión, según su experiencia, “y para poder tener más ayuda en este compromiso, me decidí por ser de la Obra”<sup>7</sup>.

5 J. Escrivá, *Sacerdote para la eternidad*, es una homilía pronunciada por San Josemaría Escrivá el 13.IV.73, Viernes de Pasión, antigua conmemoración de los Siete Dolores de la Santísima Virgen María, en: L.F. Mateo-Seco y R. Rodríguez-Ocaña, *Sacerdotes en el Opus Dei*, Pamplona 1994, pp. 231-247. Véase también: Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosantum Concilium* 7; Cfr. Concilio de Trento, cap. 2; Doctrina acerca del Santísimo Sacrificio de la Misa. Cfr. Santa Catalina de Siena, *El Dialogo*; cap. 116; Cfr. Ps CIV, 15

6 Sermón del obispo Klaus Küng en *el aniversario de la muerte de san Josemaría*; Sankt Pölten, 26.de Juni 2009: ZENIT.org/DSP; <http://www.zenit.org/article-18145?l=german>

7 L. F. Seco, a.c., p. 192.

## 1. LA NATURALEZA DE LA IGLESIA QUERIDA POR CRISTO

Por otra parte, el conocimiento de la naturaleza de la Iglesia es algo, que entra dentro del misterio mismo de la Obra Redentora de Cristo, y que debemos tener en cuenta, cuando queremos vislumbrar el perfil del sacerdocio, es decir, de aquellos que representan a Cristo, de un modo particular y fundamental en su Iglesia y para los fieles de la Iglesia.

La Iglesia tiene como Cabeza a Cristo, su fundador, y como Madre a la Virgen<sup>8</sup>, que es la Madre de Jesús, y eso es como decir la Madre de Dios, como desde un principio se la llamó: *Theotokos*. Al mismo tiempo, es la Madre de todos los hombres, en cuanto somos miembros de su Iglesia ó están llamados a vivir en la Comunidad de los Santos con la Santísima Trinidad y con la Trinidad de la Tierra: Jesús, María y José<sup>9</sup>.

Las funciones que ejercitan todos los miembros de la Santa Iglesia –y, podríamos decir: que deben vivir, por vocación divina, pues sino no son acciones eficaces su acciones– son muy diferentes durante la vida terrena, ya que todos los bautizados, por lo menos, participan de la gracia habitual del Espíritu Santo y de una misión, por designio divino, de predicar con el ejemplo y las virtudes la doctrina de Jesús.

Ahora bien, para algunos de modo *ministerial*, el del sacerdocio, su misión o vocación es la de ser siervos de Jesucristo y de los hombres, y están llamados a atender de modo especial a los cristianos. “La Virgen no sólo dijo *fiat*, sino que cumplió en todo esa decisión firme e irrevocable. Así nosotros: cuando nos agujonee el amor de Dios y conozcamos lo que Él quiere, debemos comprometernos a ser fieles, leales, y a serlo efectivamente. Porque «no todo aquel que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino aquel que hace la voluntad de mi Padre celestial (Mt 7,21)”<sup>10</sup>.

Al decir *ministerial* acentuamos dos cosas: el estar al servicio de Dios, para determinados actos de *caracter sobrenatural*, y poder ser así una ayuda para los hombres en general y para los cristianos en particular; por otra parte, y haciendo las veces de Jesucristo en *representación*, o mejor todavía en *identificación* con Cristo en los actos de culto, son en cierto modo *otros Cristos*.

Así debe entenderse, como se expresa en latín, el adjetivo *ministerialis* y el sustantivo *minister*, que son palabras de uso muy diferente al actual de entenderlos, sobre todo en la política de los estados de la sociedad, cuando se habla de *ministros*. Eso se manifiesta también en griego de forma muy clara en el orden del sacramento, cuando hablamos de los diáconos, *διακονος*, como servidores de la *mesa*, es decir del *banquete divino*, como se designan en el Evangelio según san Juan a los servidores de Caná (2,5/9).

8 Pablo VI, *Enchiridion Vaticanum I*, n. 297-311.

9 La expresión de *Trinidad Terrestre ó de la Tierra* era, siguiendo la tradición de Pierre d’Ailly, Jean Gerson, Bernardino de Siena, etc., un modo cariñoso en San Josemaría para designar a la Sagrada Familia.

10 Cfr. J. Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 173, a.c.

Por eso, como decía Juan Pablo II: “El Pueblo de Dios necesita ver, en los sacerdotes y en los diaconos, un comportamiento lleno de reverencia y dignidad, que sea capaz de ayudarle a penetrar las cosas invisibles, incluso sin muchas palabras y explicaciones”<sup>11</sup>.

Comprendiendo así los términos de *sacerdocio* y *sacerdote*, podemos entender mucho mejor lo que, en un escrito de la Congregación para el Clero, afirmaba el Card. Hummes, “que en el misterio del ser de la Iglesia, la esencia de la misma tiene su fuente originaria en la santa fuerza, que se deriva de su mística unión con Cristo; ni las estructuras jerárquicas, ni la liturgia, ni mucho menos sus ordenaciones legales, y ni si quiera los sacramentos, agotan su divina naturaleza”<sup>12</sup>.

A esto puede añadirse la visión de la Iglesia, que tenía Juan Pablo II: “La Iglesia se ve a sí misma como «un sacramento, o signo, e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano». Y, por consiguiente, los creyentes ven en la Iglesia, o por lo menos lo pueden entrever, así mismo en relación con toda la gran familia humana, constantemente en crecimiento”<sup>13</sup>.

Del mismo modo lo entendía también san Josemaría: “Una mirada al mundo, una mirada al Pueblo de Dios ... María edifica continuamente la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta. Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen, y no sentirse más vinculados a los demás miembros del Cuerpo Místico, más unidos también a la cabeza visible, el Papa. Por eso me gusta repetir: *omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*, ¡todos, con Pedro a Jesús por María! Y, al reconocernos parte de la Iglesia e invitados a sentirnos hermanos en la fe, descubrimos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la humanidad entera: porque la Iglesia ha sido enviada por Cristo a todas las gentes y a todos los pueblos”<sup>14</sup>.

Y sobre eso mismo volvía una vez más el mismo Juan Pablo II, con ocasión del comienzo del Nuevo Milenio, al subrayar la unidad de la Iglesia, volvía a repetir: “La convergencia orgánica de sacerdotes y laicos es uno de los campos privilegiados en los que surgirá y se consolidará una pastoral centrada en el «dinamismo nuevo» (cfr. *Novo millennio ineunte*, 15), al que todos nos sentimos impulsados después del gran jubileo. En este marco conviene recordar la importancia de la «espiritualidad de comunión» subrayada por la carta apostólica (cf. *ib.*, 42-43)”<sup>15</sup>.

Pues bien, en sentido idéntico se expresaba así san Josemaría, por decirlo una vez más, como lo comenta Ocariz, el actual Vicario General del Opus Dei: “Si buscamos

11 Juan Pablo II, *Mensaje a la asamblea plenaria de la Congregación para el Culto Divino* del 21-9-2001, en: Directorio sobre la piedad popular y la liturgia, Madrid 2004, p.15.

12 *Congregatio pro clerici*, en su *Carta del 8-XII-2007*, sobre la adoración de la Eucaristía para la santidad de los sacerdotes.

13 Juan Pablo II, *Mi decálogo para el tercer milenio*, Madrid 1995, p. 183

14 J. Escrivá, *Es Cristo que pasa*, a. c., n. 139

15 Juan Pablo II, Discurso a los participantes en las jornadas sobre la Carta Apostólica «Novo Millennio ineunte» el 17 de marzo de 2001

una comprensión honda, radical y realista de nuestra vida, antes que nada hemos de levantar nuestra vista hacia el cielo, porque sólo en Dios, en su designio global sobre la historia nuestra, podemos ver el *porqué* y el *para qué* de la existencia. No sólo porque somos criaturas, sino porque, además, «*hemos sido establecidos en la Tierra para entrar en comunión con Dios mismo*»<sup>16</sup>. Al mismo tiempo Ocariz repetía lo que ya encontramos en la predicación de san Josemaría: “Para realizar una obra tan grande –la de la Redención–, Cristo está siempre presente en la Iglesia, principalmente en las acciones litúrgicas. Está presente en el Sacrificio de la Misa, tanto en la persona del Ministro –ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que se ofreció a sí mismo en la Cruz–, como sobre todo bajo las especies eucarísticas”<sup>17</sup>.

Esto es la misma enseñanza, insisto, es la que Juan Pablo II. nos imbuía en su carta sobre la Eucaristía<sup>18</sup>: “Por nuestra ordenación como sacerdotes –que está íntimamente unida a la Santa Misa desde el primer testimonio de la liturgia– estamos unidos de modo especial y particularmente a la Eucaristía. Somos, en cierto sentido, *por ella y para ella*; se podría decir, que somos de forma excepcional, responsables de ella”.

Tras estos preambulos podemos y debemos considerar la imagen de la Iglesia, y mejor expresado, a su Madre, la Virgen María, que actúa en y con los *ministros* de su Hijo, tal y como lo debemos concebir los católicos: ¡Iglesia-Madre, Iglesia-Esposa, Iglesia-Virgen, Santa Iglesia y la plenitud de la Iglesia en Cristo, por ser él su Cabeza!<sup>19</sup>. En ella son los sacerdotes, quienes tienen que enseñar y sustentar a los fieles, con su conducta en el ejercicio de su ministerio. Estas son las prerogativas de nuestro camino por la vida, en el que Jesucristo es *él mismo camino* (Ju 14,6); el camino que nos lleva a la eternidad, a Dios; en un caminar, siguiendo a Cristo, pues es El, quien nos indica la verdadera senda, enseñándonos la verdad, que nos lleva a la vida, paragonando sus palabras.

La Iglesia es nuestra Mediadora y los sacerdotes son los ministros o servidores de esta mediación. Teniendo en cuentas además estas premisas, podemos hablar del *sacerdocio*, en relación con la *Virgen Santísima*, como *Madre del Dios* y *Madre de la Iglesia*, es decir, *Madre de los hijos de Dios* y *Mediadora de todas las gracias*, por disposición misma del Señor: “Amando tierna y filialmente a la Virgen Santísima Madre de Jesucristo Sumo y Eterno sacerdote”<sup>20</sup>.

16 F. Ocariz, *La filiación divina, realidad central en la vida y enseñanza de Mons. Escrivá*, en: *Vida como hijos de Dios*, Pamplona 1993<sup>2</sup>, p. 25

17 J. Escrivá, *Sacerdote para la eternidad*, vease nota 1.

18 Juan Pablo II, *Dominicae cenae*, 24-II-1980, n. 2.

19 Cfr. A. Fries, *Was Albertus Magnus von Maria sagt*, Köln 1962, pp. 215 s. y pp. 199-212.

20 A. del Portillo, *Escritos sobre el sacerdocio*, a.c. p. 129.

## 2. MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA Y DE SUS SACERDOTES

Al final del Año de los Sacerdotes y al terminar la Santa Misa, el Papa Benedicto XVI, como Padre universal de todos los católicos, consagró a todos los sacerdotes del mundo al Corazón Inmaculado de María Santísima. El Santo Padre pidió a la Santísima Trinidad, por intercesión de la Virgen Purísima, que envíe el Espíritu Santo sobre todos los hijos de la Iglesia, y especialmente, con ocasión de la clausura de ese año sacerdotal, sobre sus hijos sacerdotes de la Iglesia<sup>21</sup>.

Esta consagración a la Virgen lleva consigo, como ya lo dijo Ildelfonso de Toledo<sup>22</sup>, la entrega a Cristo, a la manera como lo hizo la Virgen, poniéndose plenamente en las manos de Dios; lo más adecuado para los sacerdotes para entregarse es ser *esclavos del Señor*, según el ejemplo de la *ancilla Domini*. Ésta es la típica consagración a María: procurar, con la ayuda de la Madre de Dios, servir a Jesús en aquello, en lo que vemos la voluntad de Dios, igual como lo hizo Nuestra Madre, la Virgen María<sup>23</sup>.

A la Virgen “se la ha llamado Madre del sacerdocio divino, ministro del divino sacerdocio, compañera del sacrificio divino” y se le podrían añadir muchos más títulos y evocar muchas de las maravillosas excelencias de María. Sin embargo no parecen adecuados esos epítetos como “*Virgen sacerdotal, sacerdotisa y sacerdote*”. “San Juan Damasceno saluda así a la Virgen: «Salve, oh Hija, Sacerdote Virgen de Dios, de enviable pureza» (In Nativit. Hom. 2)...” “Y san Antonino, siguiendo a san Alberto Magno, escribe: «Fué sacerdotisa de la justicia, pues nos entregó a su propio hijo y estuvo en pie junto a la Cruz de Jesucristo» (Summ. P. IV, tit. 5, c. 32). “Este título dado a María es, con frecuencia, mencionado por los teólogos y escritores de nuestros días, como Lepicier, Grimal, Hugón, Godts, y especialmente de la Taille ...” Incluso se cita a Epifania, en una obra que se le atribuye, en la que “así, san Epifanio llama a María sacerdote y altar a la vez (In laud. Deip. hom. 3, entre las obras de san Epifanio)...”<sup>24</sup>. Sin embargo el mismo Epifanio de Salamis se opuso, con todo su prestigio y con decisión, a las costumbres de las Kollyridianas: “ninguna mujer, ni si quiera María, puede ejercer funciones sacerdotales!”<sup>25</sup>.

El denominar a la Virgen como *sacerdotisa*, con todas sus variaciones, no parece adecuado, ni exacto teológicamente. “María es la más santa, porque es la más amada de Dios: Sancta sanctorum!”<sup>26</sup>, y con esto está dicho todo; pero no es sacerdote, ni sa-

21 Como algo de valor puramente anedóctico y de interpretación gratuita, y no teológica, el viento sopló más fuertemente sobre la plaza de San Pedro, donde se encontraba una multitud de sacerdotes, cuando el Papa pronunció estas palabras; se podría decir que ese viento era una expresión de haber sido oído el ruego de Benedicto XVI (Hech 2,1 s.).

22 Sobre esto cfr. G. Rovira, *San Ildelfonso y la consagración a María en los siglos XVI a XVIII*, en *Estudios Marianos*, Vol. LXXIV, 2008, pp. 263-283.

23 Ildelfonso de Toledo, *De Virginitate perpetua sanctae Mariae*, Madrid 1971, cap. 10 a 12

24 G. Alastruey, *Tratado de la Virgen Santísima*, Madrid 1952, p. 617.

25 *Haereses* 79,1.

26 Lorenzo de Brindis, *Marial*, Madrid 2004, p. 649.

cerdotisa, pues su misión es otra: ser la de Madre de todos los hijos de Dios, por ser la Madre de Dios.

Gertrud von le Fort, una escritora alemana convertida al catolicismo, pues era descendiente de franceses refugiados en el siglo XVII en Alemania, y como ellos era hugonote, es decir protestante calvinista; pues bien, ya convertida, como católica, decía: El mundo puede ser que varíe por la fuerza del hombre; pero propiamente el hombre es movido por la mujer; y esto es una característica de *esa Mujer*. La entrega a Dios de las criaturas es someterse al infinito poder de Dios, el que de por sí solamente tiene el poder de mover al mundo; pero, para los seres creados, fue la Virgen, la *regina coeli*, que con su *ancilla Domini* cambió el mundo. Por eso la mujer no debe, ni puede aspirar al sacerdocio, su misión es otra. La importancia de la mujer en la Iglesia es, más bien, simbólica, y sólo puede ser destruida, aspirando a ocupar el lugar de los hombres<sup>27</sup>.

Gertrud von Le Fort nos explica con otras palabras el axioma: *oportet humiliari, quia vult consolari!* Así se debe entender la expresión de María como δούλη. Esa expresión no era un no reconocer su altísima misión, y un humillarse de la Virgen ante ese hecho; es algo diferente, no era κενωσίς, que fué lo que busco Jesús, sobre todo en la Cruz, para redimirnos. La expresión de δούλη, y en el mismo contexto el sentido de *humildad*, que tiene en este pasaje de la Escritura y es el que le daba María, es muy diferente al que tenemos los hombres en general. La humildad ó ταπεινός (Lk 1,48/52; Mt 11,29) es en este sentido, tal y como lo expresaba la Virgen, más bien, la sumisión a Dios, hacer la voluntad del Todopoderoso, y así lo volvió a emplear la Madre de Dios en el *Magnificat* (Lc 1,48); en este sentido es como lo utilizó Jesús, cuando decía a sus discípulos: “aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,29).

Los autores “preambrosianos dicen la primera Eva y hablan de la segunda Eva”<sup>28</sup>. En su *Teocéntrica* San Ambrosio habla de una maternidad espiritual, de una correndencia y de la mediación universal de María<sup>29</sup>. San Ambrosio, más sobrio en su acen-tuación, nos ha dejado, sin embargo, cosas muy valiosas en su Mariología, que, como acabo de decir, se llamó *Teocéntrica*. No habla del paralelo Eva-Maria, sino de la mujer y la Virgen. En la carta al Papa Siricio dice: «*Per mulierem cura successit; per Virginem salus evenit*» –por la mujer estábamos necesitados de curación, por la Virgen nos vino la salvación–. Y en la Epístola a la iglesia de Vercelli dice: «*Per virum autem et mulierem caro ejecta est de paradiso; per Virginem juncta es Deo, ... per mulierem stultitia; per Vir-ginem sapientia*» –por el varón y la mujer la carne fué echada del paraíso; por la Virgen fué unida a Dios ...; por la mujer torpeza, por la Virgen la sabiduría<sup>30</sup>.

27 Cfr. G. von Le Fort, in: *Maria in Dichtung und Deutung*, Frankfurt 1962, S. 403; para el comentario sobre esta obra cfr. R. Graber, *Maria und Petrus*, in: *Catholica* 2/3-1975, Aschendorff: G. von Le Fort, *Die Zeitlose Frau, die ewige Frau, die Frau in der Zeit*, München 1941, S. 147.

28 A. Pagnamenta, *La mariologia di s. Ambrogio*, Milán 1932, p. 309 y cita a Terrien, *La Mère des hommes*, T. I, c. I; y Neubert, *Marie dans l'Église anténicéenne*, pp. 233-234.

29 A. Pagnamenta, o.c. 307-372.

30 Ambrosio, *Epístola* 42, 3; PL 16,173; *Epístola* 63,33; PL 16, 1249 s.; *In Lucas Evangelio* 4, 7, PL I, 1696.

El capítulo doce del Apocalipsis, el libro profético del Nuevo Testamento, nos muestra una visión, que es aplicable a este paragón cogido del Protoevangelio, la analogía de esta escritura salvífica; allí se habla de la 'mujer' y el 'semen'; así como del 'varon' junto a la 'serpiente'<sup>31</sup> (vease también Gen 3,1-15) ó 'dragón'<sup>32</sup>. Al final se nos muestra, como todos los seguidores, la *descendencia* o *linaje*, se dice en el Apocalipsis (12,17), son salvados con la *mujer*. Aquí se trata de la protección de aquellos que acuden a *Ella*, porque la aman y porque se saben amados; en sentido tipológico podemos decir, como la Madre de la Iglesia ama y ayuda a sus hijos, y es querida y suplicada por estos: "Éramos pecadores y enemigos de Dios. La Redención no sólo nos libra del pecado y nos reconcilia con el Señor: nos convierte en hijos, nos entrega una Madre, la misma que engendró al Verbo, según la Humanidad. ¿Cabe más derroche, más exceso de amor? Dios ansiaba redimirnos, disponía de muchos modos para ejecutar su Voluntad Santísima, según su infinita sabiduría. Escogió uno, que disipa todas las posibles dudas sobre nuestra salvación y glorificación *Iesu Chritsus, Deus homo*, Jesucristo Dios-Hombre. Una de las *magnalia Dei*, de las maravillas de Dios ... A todos los hombres que quiere unir a su voluntad a la Voluntad buena de Dios"<sup>33</sup>.

María, como Madre está en medio o dentro del destino de la Iglesia, y se puede tener esto presente, cuando tratamos sobre la cuestión: ¿se encuentra en el Apocalipsis de Juan la Madre de Dios? ó ¿podemos decir, que así, como la Madre de Dios bajo la cruz, se designa como 'la mujer', igual ocurre que en el apocalipsis?. La complejidad de los símbolos del Apocalipsis permite decididamente interpretar estas dos realidades, que no se excluyen: El principal argumento para decidir sobre el sentido mariológico, es que en toda la narración se refiere a la Madre del Mesias; ahora bien, cabe, por tanto, el preguntarse, si en el primer siglo se podía hablar de Cristo, sin referirse a su ascendencia, sin hablar de su Madre; sin ninguna duda María, como Madre de Jesús, estaba presente desde un principio en la mente de todo cristiano<sup>34</sup>.

Considerando los comentarios del Apocalipsis de Juan parece, que la Mujer del Apocalipsis, en su capítulo 12, protege y sirve de seguridad al Pueblo de Dios, es decir, lo mismo a la Iglesia que a Israel, ya que el Mesias es tanto un hijo de Israel, y lleva consigo la Iglesia, que es la sucesora del Pueblo de Dios, pues sus miembros, por decirlo así, llevan en sí la Sangre de Cristo. En segunda consideración se puede ver en este pasaje a María, la Madre del Mesias, y así podemos suponer que estaba en las intenciones del autor; esto es una cuestión, que depende de el punto de mira del intérprete, y que no se puede rechazar. Si vemos como autor de la Apocalipsis al mismo del cuarto evangelio, entonces parece mucho mas aceptable esa opinión. Está claro, que en el momento de

31 Como es sabido la serpiente era una divinidad o diosa, bastante extendida entre los pueblos paganos de oriente, y, es curioso, también entre los pueblos americanos y en los del extremo oriente.

32 A. Schaefer, *Die Gottesmutter in der Heiligen Schrift*, Münster 1887, p. 241.

33 J. Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 276, y *Es Cristo que pasa*, n. 13, a. c.

34 Cfr. R. E. Brown, K. P. Donfried, J. A. Fitzmayer y J. Reumann (Ed.), *Maria im Neuen Testament – Eine ökumenische Untersuchung*, Stuttgart 1981, p. 185 s.



cerrase el canon de la Escritura, el sentido simbólico-mariológico de la mujer estaba en la mente de los que aceptaron el canon de los libros sagrados<sup>35</sup>.

Eso mismo que nos pasa con “el gran silencio, como de veinte años, que guardan los evangelistas –y lo que llamamos vida oculta del Señor– ha dado base solida a corrientes de espiritualidad que han encontrado aquí la norma de la vida escondida, de «crecer para adentro» (J. Escrivá, *Camino*, n. 294) ...: Cristo, que vino a santificar todas las realidades humanas, comenzó santificando, en la suya, la institución divina más antigua, la pareja humana creada por Dios para colaborar con El en la propagación de la vida”<sup>36</sup>.

Y del mismo modo lo entiende así Catecismo de la Iglesia Católica, cuando dice: “Jesús es el Hijo único de María. Pero la maternidad espiritual de María se extiende (cfr. Jn 19,26-27; Ap 12,17) a todos los hombres a los cuales el vino a salvar.” Más tarde vuelve a interpretar este pasaje en sentido mariano: El príncipe de este mundo “«se lanza en persecución de la mujer» (cf Ap 12,13-16), pero no consiguió alcanzarla: la nueva Eva, «llena de gracia» del Espíritu Santo es librada del pecado y de la corrupción de la muerte (Concepción inmaculada y Asunción de la Santísima Madre de Dios, María, siempre Virgen)”<sup>37</sup>.

En un libro, escrito ya hace siglo y medio, y que se refiere a las mujeres en el AT, se dice, que todas las mujeres célebres de la que se habla en la historia del Pueblo de Dios, tienen relación con María, la Madre de Jesús; y trata de analizar, si el título de nueva Eva para María, tal y como lo encontramos en la interpretación de Justino e Irineo, y por eso se puede asimilar y aplicar a la *mujer* del Apocalipsis<sup>38</sup>. Entre otros estudios hay que interpretar si “*Ipsa conteret*” (Gen 3,15) está tan mal traducido o fue una interpretación del traductor, y por tanto podría aplicarse al Apocalipsis, en su capítulo 12<sup>39</sup>.

De manera mucho más clara y evidente se trata de este problema en el libro de John McHugh<sup>40</sup>, en el que refiriéndose al nacimiento del Mesías y su arrebatamiento al cielo (Ap 12,5), dice que, como los escritores cristianos de la primera época, ven en la resurrección y ascensión a los cielos el verdadero *nacimiento* de Jesús como Mesías. Así lo interpretan también G. B. Caird<sup>41</sup> y A. Feuillet<sup>42</sup>.

Pero analicemos lo mismo desde un punto de vista teológico, en el que nos servimos de la razón, iluminada por la fé, e interpretemos así la escritura: Hay tres clases o tipos en el amor de Dios, según santo Tomás de Villanueva: el natural, que es que por el bautismo –e incluso ya por naturaleza de la criatura a su Creador–, en que se comprende que hay

35 Ibidem, p. 229

36 L. M. Herrán, *Mariología poética española*, BAC, Madrid 1988, p. 553.

37 n. 501 y 2853.

38 H. Ischokke, *Die biblischen Frauen des Alten Testaments*, Freiburg 1882.

39 H. L. Barth, *Ipsa conteret – Maria die Schlangenzertreterin: Philologische und theologische Überlegungen zu Protoevangelium (Gen 3,15)*, Ruppichterth 2000, p. 209 s.

40 *La Madre de Jesús en el Nuevo Testamento*, Bilbao 1978, pp. 491-515.

41 *The Revelation of St. John the Divine*, p. 149.

42 *Le Messie et sa mère d'après le chapitre 12 de l'Apocalypse*, RB 66 (1959) pp. 60 s.

que amarlo “sobre todas las cosas”; el adquirido, que es aquel que conquistamos con la oración frecuente y ejercicios espirituales y buenas obras: “En mi mediación se encendían llamas de fuego” ( Ps 38,4); y, por último, el amor infuso, que es el Espíritu Santo, aquel del que habla san Pablo: “La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo” (Rom 5,5). Entonces que “fácil es demostrar cómo ha superado la Virgen en estas tres clases de amor a todos los santos y elegidos de Dios”<sup>43</sup>.

San Josemaría<sup>44</sup> entendía todo esto, y podía añadir por experiencia propia: “Si se comprende esto, si se ha meditado en el activo silencio de la oración, ¿cómo considerar el sacerdocio una renuncia? Es una ganancia que no es posible calcular. Nuestra Madre Santa María, la más santa de las criaturas –más que Ella sólo Dios– trajo una vez al mundo a Jesús; los sacerdotes lo traen a nuestra tierra, a nuestro cuerpo y a nuestra alma, todos los días: viene Cristo para alimentarnos, para vivificarnos, para ser, ya desde ahora, prenda de la vida futura”<sup>45</sup>.

“¡Es Amor! No hay otra explicación. ¡Qué cortas se quedan las palabras, para hablar del Amor de Cristo! El se abaja a todo, admite todo, se expone a todo –a sacrilegios, a blasfemias, a la frialdad de la indiferencia de tantos–, con tal de ofrecer, aunque sea a un hombre solo, la posibilidad de descubrir los latidos de un Corazón que salta en su pecho llagado”. Y, deseando que así fuesen los corazones de los sacerdotes, añadía, para dejar en claro la semejanza del sacerdote con Cristo: “Esta es la identidad del sacerdote: instrumento inmediato y diario de esa gracia salvadora que Cristo nos ha ganado”<sup>46</sup>.

Ya, la mejor identificación de un buen hijo es seguir los consejos y costumbres de sus buenos padres; y Jesús, en su vida humana, quiso seguir en todo lo que le habían advertido san José y su purísima Madre: “Cristo es sacerdote según la naturaleza, no divina, sino humana, subsistente en la persona del Verbo; y por tanto Cristo, como Verbo, es *principium quo sacerdos est*; pero su humana naturaleza es *principium quo* de las acciones sacerdotales”<sup>47</sup>. Y esa naturaleza humana ¡se la dió la Virgen! Por eso –por la cooperación de María en la institución o consagración del Sumo Sacerdote de la Nueva Ley, Cristo Jesús, y en la preparación de la Víctima de la cruz por su misión con Cristo en la celebración del sacrificio y también por la parte que tomó en el de la misa–, ha recibido la Santísima Virgen muchos nombres en relación con el sacrificio y el sacerdocio”<sup>48</sup>. Y esos nombres no nos abligan a llamar a la Virgen sacerdote o sacerdotisa, como lo indicábamos antes<sup>49</sup>.

43 Tomás de Villanueva, *Sermones la Virgen María*, Madrid 1952: *Sermón 4 en la Asunción de la Virgen María*, p. 420 s.

44 San Josemaría tenía especial conocimiento de Santo Tomás de Villanueva, que quizás fuera uno de los santos teólogos, que apreciaba con predilección; y a Alustrey, que era dominico, él lo tenía, como discípulo de Santo Tomás de Aquino y como un mariólogo de confianza.

45 J. Escrivá, *Sacerdote para la eternidad*, vease nota 1.

46 Ibidem.

47 G. Alastruey, *Tratado de la Virgen Santísima*, Madrid 1952, p. 909.

48 Alustrey, a.c., p. 617.

49 Vease notas 24 a 26.

Si decimos ahora que María es Madre de los fieles, como nueva Eva, pues por ser Madre de la Iglesia es la Madre de todos los miembros del Pueblo de Dios, podremos decir, como una consecuencia de todo lo analizado, que María es de un modo peculiar y especial *Madre de los sacerdotes*, pues “el sacerdote es un ser segregado del Pueblo de Dios, escogido y dotado de una especial consagración, (pues) por la misión que ha recibido, ha de vivir entre los hombres y con los demás hombres, comprendiéndolos, acompañándolos, guiándolos en su camino en nombre de Aquel que le ha consagrado y enviado, de la misma manera que Jesucristo, Hijo de Dios, quiso hacerse en todo semejante a los hombres, excepto en el pecado”<sup>50</sup>.

“Pensemos ahora en aquellos días que siguieron a la Ascensión, en espera de Pentecostés. Los discípulos llenos de fe por el triunfo de Cristo resucitado y anhelantes ante la promesa del Espíritu Santo, quieren sentirse unidos, y los encontramos *cum Maria Mater Jesu* (Hech 1,14) ... Esta vez quien nos transmite ese dato es San Lucas, el evangelista que ha narrado con más extensión la infancia de Jesús. Parece como si quisiera darnos a entender que, así como María tuvo un papel de primer plano en la Encarnación del Verbo, de una manera análoga estuvo presente también en los orígenes de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo”<sup>51</sup>.

Ya, la Virgen tiene que estar muy presente en la vida del sacerdote, no como *sacerdotisa*, sino en el ejemplo de su cooperación con Cristo, como Corredentora y como servidora de todos los cristianos: “La Virgen María fué concebida inmaculada para albergar en su seno a Cristo. Si la acción de la gracia ha de ser proporcional a la diferencia entre el don y los méritos ¿no deberíamos convertir todo nuestro día en una Eucaristía continua?”<sup>52</sup>.

### 3. EL SACERDOTE EN CUANTO REPRESENTANTE DE CRISTO

“Cada día, al bajar Cristo a las manos del sacerdote se renueva su presencia real entre nosotros con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad: el mismo Cuerpo y la misma Sangre que tomo de las entrañas de María. En el sacrificio del Altar, la participación de Nuestra Señora nos evoca el silencioso recato con que acompañó la vida de su Hijo, cuando andaba por la tierra de Palestina. La Santa Misa es una acción de la Trinidad: por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, el Hijo se ofrece en oblación redentora. En ese insondable misterio, se advierte, como entre velos, el rostro

50 A. del Portillo, *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid 1976<sup>2</sup>, p. 44. En este libro, el sucesor en la dirección del Opus Dei, mantiene toda la enseñanza sobre el sacerdocio de San Josemaría, aparte naturalmente de su experiencia personal por haber trabajado como perito durante el Concilio Vaticano II y ser asesor de la Congregación para el Clero muchos años.

51 J. Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 141.

52 *Ibidem*.

de María: Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo. El trato con Jesús, en el Sacrificio del Altar, trae consigo necesariamente el trato con María, su Madre”<sup>53</sup>.

La representación de Cristo en el sacerdote se hace posible através de la Madre de Jesús, y es, y se puede así llamar, una casi cooperación con María, para llevar de este modo a los hombres *ad Jesum per Mariam*. Por el Sacramento del Orden creado por el mismo Cristo, como un don a su Iglesia, y que imprime un caracter sacramental o huella eterna en el alma de la persona que lo recibe, se hace el sacerdote representante de Cristo y cooperador con la Virgen, lo mismo que los laicos, en la Obra de la Redención, aunque de un modo singular: “Por el Sacramento del Orden, el sacerdote se capacita efectivamente para prestar a Nuestro Señor la voz, las manos, todo su ser; es Jesucristo quien, en la Santa Misa, con las palabras de la Consagración, cambia la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo, su Alma, su Sangre y su Divinidad”<sup>54</sup>. “Un sacerdote que vive de ese modo la Santa Misa –adorando, expiando, impetrando, dando gracias, identificándose con Cristo–, que enseña a los demás a hacer del Sacrificio del Altar el centro y la raíz de la vida del cristiano, demostrará realmente la grandeza incomparable de su vocación, ese carácter con el está sellado, que no perderá por toda la eternidad”<sup>55</sup>.

Este ser Cristo en los momentos en que el sacerdote distribuye los sacramentos y enseña en nombre de Jesús, le hace *alter Christus*: “El Sacerdote –quien sea– es siempre otro Cristo”<sup>56</sup>. “En esto se fundamenta la incomparable dignidad del sacerdote. Una grandeza prestada, compatible con la poquedad mía. Yo pido a Dios Nuestro Señor que nos dé a todos los sacerdotes la gracia de realizar santamente las cosas santas, de reflejar, también en nuestra vida, las maravillas de las grandezas del Señor. Quienes celebramos los misterios de la Pasión del Señor, hemos de imitar lo que hacemos. Y entonces la hostia ocupará nuestro lugar ante Dios, si nos hacemos hostias de nosotros mismos (San Gregorio Magno, Dialog. 4, 59) ... Para realizar una obra tan grande –la de la Redención–, Cristo está siempre presente en la Iglesia, principalmente en las acciones litúrgicas. Está presente en el Sacrificio de la Misa, tanto en la persona del Ministro– «ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que se ofreció a sí mismo en la Cruz»– como sobre todo bajo las especies eucarísticas (Concilio Vaticano II, Const. Sacrosanctum Concilium 7; Cfr. Concilio de Trento, Doctrina acerca del Santísimo Sacrificio de la Misa cap. 2)”<sup>57</sup>.

Su dignidad es prestada, pues solamente cuando *es Cristo ministerial, ipse Christo*, es cuando posee su dignidad; fuera de esos momentos es uno más entre los fieles, como en la frase tan repetida de San Agustín: “*para vosotros soy obispo, con vosotros cristiano*”; el primero es el nombre de un oficio, que yo he recibido; el otro es el nom-

53 J. Escrivá, *La Virgen del Pilar*, en: Libro de Aragón, Madrid 1976, p. 99.

54 A. del Portillo, *Escritos sobre el sacerdocio*, a.c.

55 J. Escrivá, *Sacerdotes para la eternidad*, a.c.

56 J. Escrivá, *Camino*, Madrid 1992<sup>57</sup>, n. 66

57 J. Escrivá, *Sacerdote para la eternidad*, vease nota 1

bre de la inmensa gracia, que se me ha dado; el primero significa peligro; el segundo salvación”<sup>58</sup>.

El sacerdote, sin embargo, siempre tiene que tener presente su misión: “me refiero a la perfecta unión que debe darse –y el Decreto *Presbyterorum ordinis* lo recuerda repetidas veces– entre consagración y misión del sacerdote; o lo que es lo mismo, entre vida personal de piedad y ejercicio de sacerdocio ministerial, entre las relaciones filiales del sacerdote con Dios y sus relaciones pastorales y fraternas con los hombres”<sup>59</sup>.

Por eso san Josemaría, sin pensar que los sacerdotes fuesen santos de forma diferente a los laicos, no comprendía “los afanes de algunos sacerdotes por confundirse con los demás cristianos, olvidando o descuidando su específica misión en la Iglesia, aquella para la que han sido ordenados. Piensan que los cristianos desean ver, en el sacerdote, un hombre más. ¡No es verdad! En el sacerdote, quieren admirar las virtudes propias de cualquier cristiano, y aún de cualquier hombre honrado: la comprensión, la justicia, la vida de trabajo –labor sacerdotal en este caso–, la caridad, la educación, la delicadeza en el trato”.

“Pero, junto a eso, los fieles pretenden que se destaque claramente el carácter sacerdotal: esperan que el sacerdote rece, que no se niegue a administrar los Sacramentos, que esté dispuesto a acoger a todos sin constituirse en jefe o militante de banderías humanas, sean del tipo que sean (Cfr. Decreto *Presbyterorum Ordinis* n. 6); que ponga amor y devoción en la celebración de la Santa Misa, que se siente en el confesonario, que consuele a los enfermos y a los afligidos; que adoctrine con la catequesis a los niños y a los adultos, que predique la Palabra de Dios y no cualquier tipo de ciencia humana que –aunque conociese perfectamente– no sería la ciencia que salva y lleva a la vida eterna; que tenga consejo y caridad con los necesitados”<sup>60</sup>.

Esa es la misión del sacerdote entre los hombres, junto al carácter que le da el sacramento: “El sacerdote debe predicar –porque es parte esencial de su *munus docendi*–; cuáles son las virtudes cristianas –todas–, y qué exigencias y manifestaciones concretas han de tener esas virtudes en las diversas circunstancias de la vida de los hombres a los que el dirige su ministerio”<sup>61</sup>.

#### 4. LA FORMACIÓN DEL SACERDOTE SE CONSIGUE IMPLORANDO A MARÍA

Para todo esto conviene, e incluso es necesaria una formación específica de los que van a ser ordenados. Una cultura para la predicación y la difusión de la enseñanza,

58 Agustín, *Sermo 340, 1, in die ordinatione suae*; PL 38,148 s.

59 P. Rodríguez, *Entrevista con Mons. J. Escrivá*, en: Palabra, Madrid X-1967; en L. Mateo-Seco, a.c. p. 220.

60 J. Escrivá, *Sacerdotes para la eternidad*, vease nota 1

61 P. Rodríguez, a.c., p. 222

según la doctrina católica: esa es su formación teológica; y una formación espiritual, de oración para tratar a Dios y para la dirección espiritual, que deben ser una de las *pasiones dominantes del sacerdote* y de todos los cristianos en sus apostolados, como solía decir San Josemaría.

Sin embargo, como parte de la misión del sacerdote, “la formación es negocio de toda una vida. Porque la vida es progreso; y quien se detiene queda pronto rezagado y terminará arrumbado en la cuneta ... Nunca se considera acabada vuestra formación: durante toda vuestra vida, con una humildad maravillosa, necesitaréis perfeccionar vuestra preparación humana, espiritual, doctrinal religiosa, apostólica y profesional”<sup>62</sup>.

Eso, que San Josemaría lo decía para todos los miembros de Opus Deo, puede aplicarse de modo particular a todos los sacerdotes: “Los sacerdotes diocesanos que –en uso legítimo del derecho de asociación– se adscriben a la Sociedad a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, lo hacen única y exclusivamente porque desean recibir esa ayuda espiritual personal, de manera en todo compatible con los deberes de su estado y ministerio ... Por eso, cuando un sacerdote se adscribe a la Obra, no modifica en nada su vocación diocesana ..., sino que, por el contrario se compromete a vivir esa vocación con plenitud, porque sabe que ha de buscar la perfección precisamente en el mismo ejercicio de sus obligaciones sacerdotales”<sup>63</sup>.

Esta formación es la que nos facilita la Iglesia, y es ya tradicional en la dirección de los sacerdotes, como se ve por lo ya insinuado de modo muy claro por un Santo del siglo XVI, con mucha experiencia de dirección espiritual, ya citado anteriormente: “Esta debe ser la solicitud más importante y principal de los sacerdotes, excitar en el pueblo al amor de Dios y fervor espiritual por medio de cotidianas exhortaciones y de continua exposición de la doctrina, y una vez excitado ese amor, fomentarlo para que no desfallezca el espíritu ... Pero ¡qué lástima!, falta el fuego”, y pone como el ejemplo de lo ocurrido en Pentecostés<sup>64</sup>. Por eso exigía de los sacerdotes, que fuesen piadosos y rezadores: “Sacerdote, tu oficio es rezar, y pecas si no rezas las horas canónicas”<sup>65</sup>.

Y eso lo decía porque el sacerdote no se santifica por sí sólo, sino que tiene que dar a los hombres lo que él mismo recibe, pues no lo recibe para sí, sino para cumplimiento de su ministerio, es decir, para vivirlo en bien de los hombres: “El orden recto de la contemplación consiste en que el justo es el primero en acusarse a sí mismo (Prov 18,17), para poder luego convertirse en panegirista de Dios ... El sacrificio es la puerta del espíritu, y por medio del dolor del corazón se llega a los gozos del espíritu”<sup>66</sup>.

Por otra parte, queda la formación doctrinal ó teológica, y San Josemaría deseaba que fuera esa formación una clara exigencia para todos los miembros del Opus Dei, y

62 Carta 6-V-1945, n. 19.

63 P. Rodríguez, a.c., p 227 s.

64 Tomás de Villanueva, *Sermones castellanos I*; p. 416 s.

65 Santo Tomás de Villanueva, *ibidem* p. 615.

66 Santo Tomás de Villanueva, *Sermones de la Virgen María*, Madrid 1952, *Sermón 2 en la Asunción de la Virgen María*, p. 387.

específicamente y, de un modo muy concreto, para los sacerdotes: “Teología no era, pues, una cosa extraordinaria, porque con el tiempo será lo ordinario en la Obra, en la que todos los socios deben poseer la formación doctrinal religiosa conveniente”<sup>67</sup>. Sin embargo, “la formación sacerdotal... ¡eso sí que tiene que ser Opus Dei! Y la otra: El sacerdocio se recibe en el momento de ordenarse, pero la formación sacerdotal es continua, casi perenne”<sup>68</sup>.

Es verdad, y así nos lo enseñaba él mismo Jesús en su trato con los apóstoles: Él les daba instrucciones (p.e. Mt 10, 11 ss.), y toda la vida de Jesús aquí en la tierra, la resumía San Josemaría con palabras de San Lucas al principio de la Hechos de los Apóstoles: “Jesús comenzó a hacer y a enseñar” (1,1).

Esta formación es conveniente darla en conjunto, para fomentar desde el principio la fraternidad y, en este contexto, la unidad entre los sacerdotes: “Recuerden también que tienen la compañía de sus hermanos en el sacerdocio y de los fieles de todo el mundo”, como nos dice el Concilio vaticano II<sup>69</sup>. Y por eso hacía hincapie San Josemaría: “Sabía igualmente Mons. Escrivá de Balaguer que el sacerdote como cualquier hombre, necesita del aliento y cariño de los demás. «Que os ayudeis, que os queráis. Que ninguno de vosotros se encuentre solo»<sup>70</sup>; e insistía machaconamente: «Procurad acompañaros, también humanamente. Tened un corazón de carne, que de carne es el corazón con el que amamos a Jesús y al Padre y al Espíritu Santo. Si veis apurado a alguno de vuestros hermanos, ¡id, id a él, no esperéis a que os llame!»<sup>71</sup>.

Al mismo tiempo, y en esto estaba en consonancia una vez más con la jerarquía, al pedir –mejor es decir: al exigir– de los sacerdotes la fraternidad, sobre todo en la oración, como también lo repetía Juan Pablo II: Las virtudes sacerdotales se manifiestan de modo particular en la palabra y la oración del sacerdote, que son «un testimonio eloquente de nuestro Dios, rico en misericordia»<sup>72</sup>.

“A los sacerdotes les une, en Cristo, la común ordenación, por la que cada uno es configurado con Jesucristo Sacerdote ... Y, radicada en esa misma condición ontológica, les une la también común misión recibida para la identificación del Cuerpo de Cristo (cfr. Eph 5,12)”<sup>73</sup>. Esta unidad de los sacerdotes con Cristo, y también entre ellos, era para San Josemaría primordial: “Mienten –o están equivocados– quienes afirman que los sacerdotes estamos solos: estamos más acompañados que nadie, porque contamos con la continua compañía del Señor, a quien hemos de tratar ininterrumpidamente”<sup>74</sup>.

67 Carta 8-VIII-1956, n. 13.

68 RHF, AVF-0079, de II-1944.

69 Concilio Vaticano II, Decreto: *Presbyterorum ordinis*, n. 22.

70 RHF 20, 771, 406.

71 RHF 20, 760, 767.

72 Juan Pablo II, *Discurso*, Tokio 23. II. 1981.

73 J. Echeverría, *La fraternidad sacerdotal en la vida del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en: L. Mateo-Seco, a.c., pp. 303 y 300.

74 J. Escrivá, *Forja*, a. c, n. 38.

Y más todavía, esta formación tiende pues a unir a los sacerdotes entre sí, estando Cristo presente en todos y cada uno, sobre todo, y como ya se ha indicado, en los actos litúrgicos y en su misión frente a los fieles; esta unidad en Cristo es además una representación de la unidad de la Iglesia, tal y como lo decimos en el Credo. Esta unidad, propia de su ministerio, la reciben los sacerdotes por el sacramento del Orden, aunque pueden ser infieles a la gracia recibida. Esa unidad es una gracia especial de nuestra común Madre: “De Cristo Sumo y Eterno sacerdote canta la Iglesia: *Ave verum corpus natum de Maria Virgine*. Yo pido al Señor que en la formación sacerdotal siempre esté presente el camino mariano por el que el Hijo de Dios vino a los hombres”<sup>75</sup>.

## 5. EL SACERDOTE SERVIDOR DE LOS HOMBRES

San Josemaría concebía además al sacerdote, como ya se ha dicho, en aquellos dos aspectos, que encierran expresamente el concepto del sacerdocio: como representante de Cristo y como ayuda, en Cristo, para los hombres. “Días atrás, al celebrar la Santa Misa me detuve un breve momento, para considerar las palabras de un salmo que la liturgia ponía en la antifona de la Comunión: *el Señor es mi pastor, nada podrá faltarme* (Ps XXII, 1; Antífona de la Comunión, en la Misa del Sábado de la cuarta semana de Cuaresma). Esa invocación me trajo a la memoria los versículos de otro salmo, que se recitaba en la ceremonia de la Primera Tonsura: *el Señor es la parte de mi heredad* (Ps XV, 5). El mismo Cristo se pone en manos de los sacerdotes, que se hacen así dispensadores de los misterios –de las maravillas– del Señor (1 Cor IV, 1)”<sup>76</sup>.

E inmediatamente, como para acentuar lo mismo, desde el punto de vista de servicio a todos los fieles, añadía, refiriéndose a la ordenación sacerdotal de los primeros sacerdotes del Opus Dei, el 25 de Junio de 1944: “Se ordenarán, para servir. No para mandar, no para brillar, sino para entregarse, en un silencio incesante y divino, al servicio de todas las almas. Cuando sean sacerdotes, no se dejarán arrastrar por la tentación de imitar las ocupaciones y el trabajo de los seglares, aunque se trata de tareas que conocen bien, porque las han realizado hasta ahora y eso les ha confirmado en una mentalidad laical que no perderán nunca”<sup>77</sup>.

Así se comprende que él sintiese la responsabilidad, como sacerdote, de administrar los sacramentos –“la corriente de gracia de los sacramentos”– a los fieles, cuando estos se lo pidieran: “sería faltar contra la dignidad de los hombres, contra la dignidad de los hijos de Dios”, no atender a cada uno y a todos los fieles, sobre todo, cuándo se lo piden o cuándo están necesitados; es una traición a la Voluntad del Señor<sup>78</sup>.

75 A. del Portillo, *Sacerdotes para una nueva evangelización*, en: L. Mateo-Seco, a.c., p.295

76 J. Escrivá, nota 1.

77 Ibidem

78 Siehe , por ejemplo, *Es Cristo que pasa*, a. c., n. 80



El sacerdote no es, por tanto y ante Dios, superior a los laicos: solamente tiene otra misión unida a su vocación; no se puede hablar de una mayor dignidad, que la del cristiano, aunque, por su condición de representación de Cristo en la tierra, se le den algunas preferencias por parte de los fieles, a los que, por otra parte, ayuda a seguir a Jesús, según la doctrina predicada por Él en la tierra e infundida en todos los corazones de los fieles: “Si alguna vez os topáis con un sacerdote que, externamente, no parece vivir conforme al Evangelio –no le juzguéis, le juzga Dios–, sabed que si celebra válidamente la Santa Misa, con intención de consagrar, Nuestro Señor no deja de bajar a aquellas manos, aunque sean indignas. ¿Cabe más entrega, más anonadamiento? Más que en Belén y que en el Calvario. ¿Por qué? Porque Jesucristo tiene el corazón oprimido por sus ansias redentoras, porque no quiere que nadie pueda decir que no le ha llamado, porque se hace el enconradizo con los que no le buscan”<sup>79</sup>.

Y de nuevo, por la misma razón, Jesucristo es quien nos alimenta con su Cuerpo y Sangre en el sacrificio de la Santa Misa a través del sacerdote, que hacen, en nombre del Señor, de la hostia de pan el Cuerpo resucitado de Cristo Jesús, y del vino Su Sangre, porque ha resucitado; al mismo tiempo es el mismo Jesús, quien nos perdona nuestras ofensas en la confesión por medio de sus sacerdotes: “Nuestro Padre Dios nos ha dado, con el Orden sacerdotal, la posibilidad de que algunos fieles, en virtud de una nueva e inefable infusión del Espíritu Santo, reciban un carácter indeleble en el alma, que los configura con Cristo Sacerdote, para actuar en nombre de Jesucristo, Cabeza de su Cuerpo Místico. Con este sacerdocio ministerial, que difiere del sacerdocio común de todos los fieles esencialmente y no con diferencia de grado, los ministros sagrados pueden consagrar el Cuerpo y la Sangre de Cristo, ofrecer a Dios el Santo Sacrificio, perdonar los pecados en la confesión sacramental, y ejercitar el ministerio de adoctrinar a las gentes, *in iis quae sunt ad Deum* (Heb V, 1.), en todo y sólo lo que se refiere a Dios”<sup>80</sup>.

Las dos misiones del sacerdote quedan, por tanto, bien definidas y, al mismo tiempo, se nos muestran como complementarias, igual como en Jesucristo que vino para *servirnos, no a ser servido* (Mt 20.28). Son las dos tareas que cumplió Jesús en la tierra, por Voluntad del Padre, junto a la Obra de la Redención: “hacer y enseñar” (Hech 1,1), pues, como se ha dicho muchas veces, y nos lo recuerda san Agustín de modo especial, *el Señor no nos quiso enseñar absolutamente nada, que El no lo hubiese practicado*.

Así lo comentaba su actual sucesor en la dirección del Opus Dei: “Comenzaré mi intervención con unas palabras que San Josemaría solía dirigir a los recién ordenados, pero que nos sirven también –y quizá más especialmente– a quienes llevamos muchos años de sacerdocio. Decía: «sed, en primer lugar, sacerdotes; después, sacerdotes; siempre y en todo, sólo sacerdotes». En esta afirmación se transparenta su altísimo concepto del sacerdocio ministerial, por el que unos pobres hombres –que eso somos todos delan-

79 J. Escrivá, *Sacerdote para la eternidad*, vease nota 1.

80 J. Escrivá, *Homilía “La lucha interior”*, pronunciada el 4 de abril de 1971, domingo de Ramos (publicada en “Es Cristo que pasa”). Cfr. también: *Concilium Tridentinum*, sess. XXIII, c. 14. *Concilium Vaticanum II, Decr. Presbyterorum ordinis*, n. 2.. y *Const. Lumen Gentium*, n. 10.

te del Señor— son constituidos *ministros de Cristo* y *dispensadores de los misterios de Dios* (1 Cor 4,1). Tan firme era su fe en la identificación sacramental con Cristo que se lleva a cabo en el sacramento del Orden, que su único timbre de gloria, al lado del cual palidecían todos los honores de la tierra, era sencillamente ser sacerdote de Jesucristo”<sup>81</sup>.

Por eso san Josemaría volvía una vez más, y esto se repetía siempre que trataba de los laicos y sus relación con los sacerdotes, a su fe en la presencia de Cristo en la Iglesia: “El sacerdocio lleva a servir a Dios en un estado que no es, en sí, ni mejor, ni peor que otros: es distinto. Pero la vocación de sacerdote aparece revestida de una dignidad y de una grandeza que nada en la tierra supera. Santa Catalina de Siena pone en boca de Jesucristo estas palabras: no quiero que mengüe la reverencia que se debe profesar a los sacerdotes, porque *la reverencia y el respeto que se les manifiesta, no se dirige a ellos, sino a Mí, en virtud de la Sangre que yo les he dado para que la administren. Si no fuera por esto, deberían dedicarles la misma reverencia que a los seculares, y no más... No se les ha de ofender: ofendiéndolos, se me ofende a Mí, y no a ellos. Por eso lo he prohibido, y he dispuesto que no admito que sean tocados mis Cristos.* (Santa Catalina de Siena, El Dialogo cap. 116; Cfr. Ps CIV, 15)... ¿Cuál es pues la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus* sino *ipse Christus* otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental”<sup>82</sup>.

Claro está que también de los fieles se puede decir aproximadamente lo mismo, pero de modo particular para los sacerdotes, como subrayaba San Josemaría. Eso se debe dar en ellos por una razón doble o por dos conductos, y ambos proceden, de Jesucristo: ¡el de Fundador y por ser la Cabeza de su Iglesia!: Por eso, por identificarse con cada uno de los sacerdotes con el Fundador y la Cabeza de su Iglesia, tiene que esmerarse por la santidad, para que puedan ser ejemplo; como para servir a los fieles con su ministerio en nombre de Cristo.

Los sacerdotes son por razón del bautismo, como por su ordenación sacerdotal; *siervos de los siervos de Dios*, y en esto deben de imitar al Papa, que lleva este título, entre otros. Como decía Alvaro del Portillo, “al pie de la Cruz de Cristo, en el Calvario, estaba María, su Madre, «y junto a ella el discípulo a quien amaba» (Jn 19,26). La Tradición de la Iglesia ha visto representados, en la figura de San Juan, a todos los cristianos, a todos los hombres y mujeres que han recibido en el sacramento del bautismo, como carácter indeleble, una participación en el sacerdocio de Cristo. Las palabras del Señor agonizante en la Cruz nos descubren una dimensión esencial de la vida cristiana: «ahí tienes a tu Madre» (Jn 19,27). Es, con expresión de Juan Pablo II, «*la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo*; no sólo de San Juan, que en aquel instante se encontraba a los pies de la Cruz en compañía de la Madre de su Maestro, sino de todo

81 Javier Echevarría, *Homilia: Sacerdote, sólo sacerdote. San Josemaría Escrivá modelo de vida sacerdotal*

82 J. Escrivá, *Sacerdote para la eternidad*, vease nota 1

discípulo de Cristo, de todo cristiano» (Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25. III. 1987, n. 45)”

“Si esto es así para todo cristiano, lo es por un nuevo título para el sacerdote, que ha sido llamado a participar de un modo nuevo en el sacerdocio de Cristo y a vivir centrado de modo particular en el sacrificio de la Cruz”<sup>83</sup>.

#### 6. EL SACERDOTE COMO MAESTRO DE ESPIRITUALIDAD SE INSPIRA EN EL TRATO CON MARÍA SANTÍSIMA

Ahora podemos volver a lo que insinuábamos al principio y que decía Juan Pablo II en su homilia de la canonización del fundador del Opus Dei: “Me es grato terminar con una referencia a la fiesta litúrgica de hoy, *Nuestra Señora del Rosario*. San Josemaría escribió un hermoso libro titulado *Santo Rosario* que se inspira en la infancia espiritual, disposición de espíritu propia de quienes quieren llegar a un total abandono en la Voluntad Divina”<sup>84</sup>. En el párrafo de las normas del derecho canónico propio del Opus Dei, citado también al comienzo de estas disquisiciones sobre la figura de san Josemaría sobre el sacerdocio, se dice además: Todos los días deben contemplar los quince misterios marianos del Rosario (hoy podríamos atrevernos a decir: los veinte) y rezar vocalmente por lo menos cinco misterios<sup>85</sup>.

San Josemaría se decidió a precisar esto, simplemente, porque apreciaba todas las prácticas de la devoción popular, como lo es el Santo Rosario: “Una mañana, después de decir la Misa, durante la Novena de la Inmaculada del año 1932, al terminar la acción de gracias, D. Josemaría escribió de una sentada, junto al presbiterio, en la sacristía de Santa Isabel, el libro «Santo Rosario». Lo escribió con la intención de que sirviera para que las personas que trataba rezaran mejor esta popular oración mariana”<sup>86</sup>.

Estas y muchas otras devociones, en los modos de honrar a la Santísima Virgen María, que es la Madre de los sacerdotes, pues, ya queda dicho, es la Madre de todos los fieles de la Iglesia, las recomendaba san Josemaría a los sacerdotes y laicos, que acudían a su dirección espiritual. Es interesante oír del sucesor del fundador estas palabras, que reflejan lo que San Josemaría repetía con tanta frecuencia: “Sé de María y serás nuestro”<sup>87</sup>, refiriéndose a los que quieren imitar a Jesús en su vida: “Las únicas indicaciones que recibe un sacerdote diocesano de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz son: que haga oración, que se ejercite en las virtudes, que esté unido al propio obispo,

83 A. del Portillo, *Sacerdotes para una nueva evangelización*, en: L. Mateo-Secco, a.c., p. 291s.

84 Juan Pablo II, en la homilia del día 7 de octubre de 2002, el día siguiente a la canonización de san Josemaría y de acción de gracias, *Canonización de Josemaría Escrivá*, o. c., p. 37s.

85 Cfr. *Codex iure ...*, o.c., Tit. III, cap. I, par. 85.

86 F. M. Requena / J. Sesé, *Fuentes para la historia del Opus Dei*, Barcelona 2002, p. 47.

87 J. Escrivá, *Camino*, n. 494, Madrid 1992.

que se entregue al encargo pastoral que le haya sido encomendado, que ame más a las almas, a sus hermanos sacerdotes”<sup>88</sup>.

San Josemaría enseñó siempre que el camino más seguro para ir a Cristo Jesús (Ju 14,4-6) es María: “A Jesús se va y se vuela por María”<sup>89</sup>, y de acuerdo con este consejo ya insinuaba lo que tiene que hacer todo hombre, que desea orientar y llevar a Cristo las almas: pedir por ellas y confiarlas a la Virgen Purísima, haciendo que sus amigos hagan lo mismo: “No me dejes, ¡Madre!: haz que busque a tu Hijo; haz que encuentre a tu Hijo; que ame a tu Hijo ... ¡con todo mi ser! Acuérdate, Señora, acuérdate”<sup>90</sup>. “Para comprender el papel de María en la vida cristiana ..., no hacen falta grandes disquisiciones, aunque el misterio de la Maternidad divina tiene una riqueza de contenido sobre el que nunca reflexionaremos bastante”<sup>91</sup>. “Si buscas a María, encontrarás «necesariamente» a Jesús, y aprenderás –siempre con mayor profundidad– lo que hay en el Corazón de Dios”<sup>92</sup>.

Es curioso, aunque al mismo tiempo es sumamente normal entre los hijos de una familia para con su madre, el que digan delicadezas de ella o hablando con ella; así sucede con los fieles de la Iglesia, cuando habla de su Madre, la Santísima Virgen María, ó incluso cuando rezan, que es decir lo mismo que hablar con Dios ó con Su Madre, y el hablar con Dios lo logramos más fácilmente y mejor através de la intercesión de la Madre de Dios.

Tomás de Kempis tiene expresiones sobre el Ave María, que recuerdan a las usadas por San Josemaría a la hora de recomendar el trato con la Virgen: “Canta ante la Virgen Inmaculada, recordándole: Dios te salve, María, hija de Dios Padre; Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo ... ¡Más que tú, sólo Dios!”<sup>93</sup>. Así lo insinuaba también ese maestro de la vida espiritual y ascética<sup>94</sup>, a quien tanto recomendaba en su dirección espiritual san Josemaría.

Pues bien, de acuerdo con esto, el consejo a los sacerdotes, como medio, que quizás podamos llamar principal, era el procurar vivir las virtudes, como las vivió aquí en la tierra nuestra Madre: “Si imitamos a María, de alguna manera participaremos en su maternidad espiritual. En silencio, como Nuestra Señora; sin que se note, casi sin pala-

88 J. Echevarría, *Qué es la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*, Palabra 337, Madrid III-1993), p. 178.

89 J. Escrivá, *Camino*, a.c., n. 495

90 J. Escrivá, *Forja*, a.c., n. 157

91 J. Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 142, Madrid 1992

92 J. Escrivá, *Forja*, n. 249, Madrid 1992

93 J. Escrivá, *Camino*, n. 496

94 Thomas von Kempen, *Nachfolge Mariens – Betrachtungen und Gebete*, St. Ottilien 2008<sup>3</sup> p. 17 s., en donde trata del Ave María. Esta obra ha salido nuevamente a la luz y va teniendo bastante éxito, pues en dos años ya va por su tercera edición; se trata de una recopilación de todas las obras de Thomas a Kempis en las que habla de Santa María, y por eso el editor le ha pues un nombre, el más semejante a su obra más difundida: *La imitación de Cristo*.

bras, con el testimonio íntegro y coherente de una conducta cristiana, con la generosidad de repetir sin cesar un *fiat* que se renueva como algo íntimo entre nosotros y Dios”<sup>95</sup>.

Juntamente con este seguir a María, en el camino marcado por su Hijo, Nuestro Señor, es la liturgia una de las obligaciones principales del sacerdote, que debe cuidar de modo especial: “Tu que te llamas cristiano, has de vivir la Sagrada Liturgia de la Iglesia, poniendo verdadero interés en orar y mortificarte por los sacerdotes”<sup>96</sup>. Y consideraba la Santa Misa como centro y raíz de la vida interior<sup>97</sup>, que debe cuidar todo cristiano y especialmente los sacerdotes. Como sacrificio matutino se ofrece Jesús en el templo, como vespertino en el ara de la cruz: ambos ofrecidos por la Virgen<sup>98</sup>; y decía esto, cuando hace siglos solamente se celebraba la Santa Misa por las mañanas.

Esto es común entre los maestros de vida espiritual, pues siempre, ó por lo menos muy a menudo, se sirven del Sacrificio de la Cruz para advertir que allí estaba María, al pie de la Cruz, y que por eso debe ser imitada: “Al llegar el fin del tiempo para el Hijo, estaba en pie junto a la Cruz de Jesús su Madre, no ya ocupada en aquel horroso espectáculo, sino en plena comunión con su hijo unigénito en que se ofreciera por la salvación de los hombres”<sup>99</sup>.

También Bernardino de Siena la llama *Corredentora*, por su participación a las disposiciones del Redentor, por ejemplo hablando de la presentación en el templo. De la *Disbruidora de todas las gracias*, es más la *mediadora de todas las gracias*, es una participación: Madre espiritual y mediadora<sup>100</sup>. Lo mismo otros autores, y en general se puede decir, que cuantos hablan de la Virgen, le dan todos esos títulos y otros muchos, a veces demasiado rebuscados<sup>101</sup>.

Naturalmente San Josemaría cuidaba de recomendar la castidad, como norma formal del sacerdote, poniendo a la Virgen, como ejemplo de pureza. Logicamente esta virtud hay que vivirla en todo los estados, según la vocación de cada hombre; pero, de un modo particular, se exige ella del sacerdote, en virtud del célibato, que ha prometido a Dios antes de su ordenación: el amor a la virginidad debe ser una expresión de su entrega a los demás; y eso siempre como un acto de cumplimiento de la Voluntad de Dios e imitando a la Virgen, Madre de Dios: “De su corazón y de su cuerpo construyó un templo

95 J. Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 281

96 *Ibidem*, *Forja*, a. c., n. 646.

97 Cfr. *Codex iure ...*, Tit. III, cap. I, Abs. 81, §§ 1 y 2.

98 Tomás de Villanueva *Sermón 2 de la Purificación de María*, p. 347 y 352 s.

99 Pío X, *Ad diem illum*, encíclica del 2-II-1904.

100 G. Folgarait, *La teología mariana di Bernardino da Siena*, Milán 1939, pp. 309/321/322 s./369 ss. y 424 s.

101 Cfr. p. e. A. Royo Marín, *La Virgen María –Teología y espiritualidad marianas*, Madrid 1968; W. Sebastian, *Madre espiritual*; J. B. Carol, *Corredención de Nuestra Señora*; A. J. Richard, *María, dispensadora de todas las gracias*, en: J. B. Carol, *Mariología*, Madrid 1954; I. de la Potterie, *María en el misterio de la Alianza*, Madrid 1993, pp. 255-281; C. Pozo, *María en la Obra de la Salvación*, 1974, pp. 283-295 y *María en la Escritura y en la Fe de la Iglesia*, Madrid 1981, pp. 149-156; R. Laurentin, *Court traité de théologie mariale*, Paris 1953, pp.165-172; H. M. Köster, *Unus Mediator*, Limburg 1958, pp. 171-182; del mismo: *Die Frau, die Christi Mutter war 2.*, Aschaffenburg 1961, pp. 34-45.

al Espíritu Santo ..., en el cual se ofreció a Dios a si misma y, en si misma, la castidad más perfecta de cuerpo y alma en sacrificio el más aceptable y agradable a Dios ... Ella con su consentimiento”<sup>102</sup>. “Esa es la gran osadía de la fe cristiana: proclamar el valor y la dignidad de la humana naturaleza, y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios”<sup>103</sup>.

Por esa misma razón, la fidelidad al camino señalado a cada uno, es algo que tienen que amar los fieles de la Prelatura y custodiar con fina diligencia la castidad, que los hombres entregan gustosísimamente a Cristo y a su castísima Madre, y es además una fuente de gracias en las obras de apostolado. Como auxilio para guardar este tesoro deben los fieles apartarse de todas las ocasiones con su modestia, su temperancia y la mortificación corporal, además de recurrir con frecuencia a la recepción de la Sagrada Eucaristía y la Virgen, como Madre en la que buscan sus hijos recurso<sup>104</sup>.

En fin, en toda su dirección espiritual *in acto*, el sacerdote la imparte al que acude buscando un buen consejo, y también, como consecuencia en su vida personal, debe estar impregnada de amor a la Santísima Virgen, y se puede decir: la vida de todo sacerdote, como nos dió ejemplo San Josemaría, es de un imitar a María, como buen maestro, y sobre todo, viviendo el mandato divino, pues el Señor no quiso ponernos ninguna obligación, que antes El no la hubiera vivido. La Sagrada Escritura, que debe ser la principal lectura espiritual del sacerdote, pues, lo vuelvo a repetir: Jesús vivió, hizo y enseñó (Hech 1,1).

Los consejos que daba san Josemaría en su dirección espiritual eran los mismos, que él había recibido para ser un buen cristiano, tanto en sus años de formación en el seminario de Zaragoza, y de un modo especial, los que había vivido desde que era chiquito, pues sus padres cuidaban de su progreso en la vida interior, sobre todo a través de sus devociones marianas. San Josemaría era, por tanto, un buen cristiano, que como sacerdote vivía y enseñaba en todo las virtudes cristianas. Esa es la comprensión o el concepto del sacerdote, que tenía san Josemaría, que estaba encuadrado dentro de su piedad mariana.

102 L. de Brindisi, *Mariale*, o.c., p. 51, en: Alustruey, o.c. p. 611.

103 J. Escrivá, *Es Cristo que pasa*, o.c., n. 133

104 Cfr. Codex iure ..., o.c., Tit. III, cap. I, par. 84, §§ 1 y 2